

Escuchas tu nombre a lo lejos

Autora: Carolina Grau

Corres por inercia, como lo has hecho cada mañana desde que encontraste en la rutina un escape mental, un espacio para acallar tu cabeza al acompasado ritmo de tus pasos sobre el pavimento. Aquel hábito, el único positivo que recuerdas, ha servido infaliblemente, por lo que lo repites día tras día sin variaciones notables. Mismo horario, misma duración, misma ruta. La reiteración evita reflexiones malsanas, aunque es inevitable que algunas preguntas, las de siempre, acudan a ti cada cierto tiempo, cuando el claxon de algún distraído irrumpe tu concentración matutina. ¿Por qué esta urbe tan caótica —con sus habitantes desquiciados y frenéticos— funciona cada mañana como si todo estuviera en una infinita sincronía? Todo parece encajar excepto tú. Aprietas el paso para acallar esas ideas que a ratos tienden a descontrolarse, y, mientras aceleras, cambias de ruta por primera vez, casi sin notarlo. Más rápido, piensas. Rápido como parece ir el mundo sin ti. Así te has sentido desde hace ya mucho tiempo, bastantes años, como si no pertenecieras a esta época, como un bicho de otro planeta. Acomodas tu zancada, tratando de retomar tu espacio mental de seguridad. Tu inconformidad es terrenal, afirmas, más que consciente de que algo en este mundo, tu mundo, no cuadra contigo. El ejercicio ha sido extenuante y el cansancio pesa sobre ti, por lo que cierras los ojos con fuerza para aguantar un poco más. La ruta inexplorada distrae tu mente, cuando escuchas tu nombre a lo lejos. Volteas por inercia hacia el sonido, sabiendo que nadie en ese parque que visitas por primera vez podría conocerte. Tú te detienes para mirar alrededor, con desconfianza. En aquel jardín derruido únicamente hay unos cuantos corredores abstraídos con sus audífonos y un par de paseadores de perros, todos ajenos a tu presencia. Solo cuando tu nombre vuelve a irrumpir en el aire atinas a posar tus ojos sobre una sombra a la mitad del camino. Una mujer, desconocida a primer vistazo, agita los brazos y sonrío en tu dirección. Tú entrecierras los ojos, tratando de distinguir en ese rostro un rasgo familiar, pero la contraluz de la farola, aún encendida a las siete de la mañana, no te deja ver con claridad. Mientras se acerca, la dama repite tu nombre y grita con lo que parece ser un dejo de alegría: “¡Damián, Damián! ¡Te he estado buscando todo este tiempo!”. Esperas a que la mujer que conoce tu nombre se acerque y confirmas que jamás

has visto esa cara. De inmediato asumes una confusión, una coincidencia oportuna que ha vinculado tu nombre a este espacio-tiempo, pero la desconocida parece tener la convicción de conocerte. Atónito, escuchas y observas con curiosidad a la mujer, unos 30 años mayor que tú, que llega a tu lado y te agarra de las manos con una confianza paralizante. “¡Damián!”, dice la mujer con una voz dulce, mientras te toma del rostro y te mira con un par de ojos avellana que tiemblan con una emoción nostálgica. “Te he estado buscando todo este tiempo, y al fin estás aquí, en mis manos, conmigo, mi amor”. Las palabras de la mujer resuenan en tus oídos y te entorpecen, como si un aire hipnótico te hubiera privado de tus capacidades de reacción inmediata, de la fortaleza intuitiva para alejarte de una desconocida que de la nada irrumpe tus barreras personales, tu espacio vital. Desconcertado, atinas a decir las únicas palabras que tu lengua te deja pronunciar: “Señora, se está confundiendo”, le dices y le repites con insistencia, pero la mujer, que se ha prendado de ti, hace oídos sordos. “Te he estado buscando desde hace 30 años”, escuchas mientras observas con detenimiento su rostro que refleja el peso de la vida, y solo entonces reparas en la obviedad: otro caso más de abandono, de demencia senil, de la precariedad social de tu país, infieres con lentitud. Fiel a tu instinto cortés, evitas a la mujer sin grosería, empatizando con su condición y sus circunstancias, las cuales no te explicas ni concibes del todo. Tú la miras a los ojos, ignorando ese brillo que emana de su rostro. “Aquí estoy, mi amor, ¿acaso no me recuerdas?”, dice la mujer mientras te besa las manos, embelesada por la imagen que tiene frente a sí. Pero esta vez la retiras con firmeza y decides seguir tu camino. Ante tu rechazo, la desconocida comienza a delirar, gritando frases sin sentido en el silencio del parque. Retomas tu paso, algo aturdido, cuando entre los gritos escuchas un acierto. La mujer ha proclamado algo que solo tú podrías saber. Ante tu incredulidad, sin detenerte, volteas y comienzas a prestar atención a su alharaca. En su desesperación, la desconocida comienza un recital lúcido y completo de lo que, por increíble que parezca, suenan como episodios de tu existencia. Receloso de toda tu vida privada, te intrigas ante el conocimiento que de ti tiene esta loca mujer, desquiciada, que pronuncia secretos, sueños, anhelos tuyos, como si tu semblanza personal fuese el mero desvarío de una demente. Sin embargo, todo

cuanto grita la mujer es cierto. Lo que te hace reír, tu miedo más profundo, el clima que te consuela, el sonido que te eriza la piel, el trauma de infancia, lo que apena tu corazón; cuanto enuncia la dama, con ternura y seguridad, es completamente cierto. “Amor mío, todo esto lo digo para que sepas que soy yo, que me reconozcas, que recuerdes todo cuanto hemos vivido en el pasado, en otro tiempo”. Asustado, decides huir y corres lo más rápido que puedes. Dejas el parque y cruzas un par de cuadras desconocidas hasta que retomas tu ruta de siempre y regresas a tu hogar, asombrado y pensativo, convenciéndote de que todo ha sido una confusión, un delirio de aquella demente, o quizá tuyo, producto de los constantes desvelos, de la presión laboral, del estrés perpetuo al que ya estás acostumbrado. Ya en tu casa, decides tomar un baño caliente. El agua y el vapor sobre tu rostro te despiertan del letargo matutino y ayudan a que retomes la rutina que no te permites abandonar. La primera reunión de trabajo acalla tu cerebro y aquel día se va con prisa entre llamadas y bomberazos. Pero las palabras de la mujer del parque te persiguen todo el día, por sobre los pendientes, y te asedian hasta el filo de la noche, donde esperas que el sueño y el cansancio despejen tu mente. Pero la oscuridad solo acentúa su recuerdo. Sin poder dormir, intentas recordar y haces un repaso de las posibilidades de que aquella mujer sí te conociera. Te desvelas, rumiando detalles minúsculos, tratando de encontrar el momento remoto en el que pudiste conocer — en un viaje, en un restaurante, hace muchos años— a esa mujer que parece conocerte mejor de lo que tú te conoces a ti mismo. Pero no. No la conoces. Lo sucedido solo pudo ser una mala broma, un azar fortuito, una muy extraña coincidencia. A pesar de ello, la memoria infame de esa desconocida te persigue por días. El eco de sus palabras retumba en tu inconsciente y el recuerdo del episodio se hace parte de tu costumbre hasta penetrar en ti y apoderarse de tu estabilidad. Por meses intentas buscar posibilidades, pero tu lógica y tu sensatez no dan para más. Ante la obsesión, una mañana te descubres cambiando tu rutina. Dejas por completo el camino de siempre y te diriges como hipnotizado a buscar a aquella mujer, implorando por una explicación. Pero por más que recorres el parque y las zonas alrededor, no la vuelves a encontrar. Tú intentas evitarlo, pero tus horas se reducen a los repastos mentales de sus palabras, a la búsqueda infructuosa de

una explicación lógica que pueda darte paz y dotar de sentido a aquella mañana en la que una desconocida te mostró tu vida como nunca la habías entendido, como si en verdad le pertenecieras a ella, a su historia, a sus brazos, y no al tiempo en el que parece existir. Con el paso de los días, no puedes desprenderte de la idea de sentir que esa que vives ya no es tu vida, sino la que esa desconocida te contó. Entonces todo tendrá sentido: la insatisfacción constante, la sensación de no encajar en este presente sin sentido, porque en realidad perteneces a otra realidad, a un pasado místico del que escapaste y a donde no puedes regresar. Rechazas tu existencia y abrazas la historia de la desconocida que encaja con tus sueños y tus anhelos. Noche tras noche cierras los ojos, tratando de hacer memoria para no olvidar cuanto aquella mujer te dijo, intentando preservarlo para siempre en tu mente, rogando que algún día coexista con tu presencia. Tu nueva rutina orbitará sobre la existencia de la desconocida de ojos avellana, de esa voz que te dio vida y luz una mañana inesperada. Poseído por su recuerdo, dejarás de lado tu trabajo y tu rutina, incapaz de darle cabida a un presente vacío, innecesario, porque alguien más ya lo ha visto, lo ha vivido, te conoce, sabe lo que has hecho y has dejado de hacer. Tú pasarás los siguientes días de tu vida abriendo tu mente, recordando y reconstruyendo lo que tú y aquella mujer debieron haber vivido juntos. Tu consciente y tu inconsciente recrearán su voz, su nombre, su rostro, su cuerpo, la primera cita que tuvieron, su boda, los viajes al extranjero, el nacimiento de sus hijos, la vida que vivieron juntos. Tú pasarás los siguientes treinta años de una manera obsesiva, regresando diariamente, a la misma hora, a aquel parque donde viste por última vez al amor de tu vida, esperando encontrarla, deseando volver a verla, sin éxito.

Una mañana, ella escuchará su nombre a lo lejos. Volteará por inercia hacia el sonido, sabiendo que nadie en ese parque que visita por primera vez podría conocerla. Ella se detendrá para mirar alrededor, con desconfianza. En aquel jardín derruido únicamente habrá unos cuantos corredores abstraídos con sus audífonos y un par de paseadores de perros, todos ajenos a su presencia. Solo cuando su nombre vuelva a irrumpir en el aire, atinará a posar sus ojos sobre una sombra a la mitad del camino. Un hombre, desconocido a primer vistazo, agitará los brazos y sonreirá en su dirección.